

7

Los juicios de Jesús

Mateo 26.57—27.31;

Marcos 14.53—15.20; Lucas 22.54—23.25;

Juan 18.12—19.16

«Porque muchos decían falso testimonio contra él, mas sus testimonios no concordaban» (Marcos 14.56).

La crucifixión de Cristo es tan horrible que tendemos a pasar por alto o a olvidar otros desvergonzados eventos que condujeron a ella. ¡Los juicios que sufrió Jesús fueron injustos de principio a fin! ¡Jesús fue tratado de forma tan grosera y tan inicua, que Satanás debió de haberse sonrojado! ¡Ni siquiera Satanás puede poner límite al pecado!

Este momento de Sus juicios tiene que ser el más vil de toda la historia. Judas lo traicionó, Pedro lo negó, diez apóstoles huyeron, cuatro gobernantes títeres (Anás, Caifás, Pilato y Herodes) juzgaron al «Juez», y el sumamente respetable Sanedrín se convirtió en una turba de linchamiento. La ciudad más santa (Jerusalén) y la ciudad de la ley (Roma) se unieron para realizar la farsa judicial más grande de la historia.

El único que estaba al mando de todo, era Jesús (Juan 10.17–18; 19.10–11). Era él quien deliberadamente había

elegido ir a Jerusalén (Lucas 9.51). Era Su «hora» la que había llegado (Juan 17). Jesús obligó a Sus enemigos a actuar, algo que logró al provocar y facilitar Su propio arresto. ¿Podemos ver esto?

Cristo ha sido reducido hoy a la imagen de un encantador, dulce, y agradable Jesús. ¡Error! Él es Hombre entre hombres, no un debilucho glorificado. Él se enfrentó Satanás, al judaísmo y al mundo entero, y ganó. ¡Jamás huyó de nadie!

El judaísmo (Jerusalén) estaba en bancarrota moral y espiritual. Cuando vemos al hombre en su peor momento, también vemos a Dios en Su perfección. Esta es la gloria de la gracia. Jesús no entró a hurtadillas en la ciudad, ni se escondió en algún aposento. Él purificó públicamente el templo (Mateo 21.12–13; Marcos 11.15–17; Lucas 19.45–46). Los judíos estaban tan impregnados de corrupción, que habían convertido el templo en una subasta ganadera. Jesús, sin ayuda de nadie, le puso un alto a esto. ¡Qué valentía! ¡Qué fortaleza! Estando en la ciudad de Jerusalén, enseñó «parábolas de juicio». No se puede ser neutral con Jesús: ¡Uno tiene que recibirlo o colgarlo de una cruz! Sus enemigos jamás dijeron: «Repréndanlo». ¡Dijeron: «Mátenlo»!

¡*Los dirigentes religiosos* estaban profundamente asustados por Jesús! Sus milagros no podían desecharse. Jerusalén era hostil a la verdad acerca de Jesús y jamás hizo caso de ella. Los dirigentes religiosos no tenían control de Él ni de Su ministerio.

Nadie deseaba un alboroto durante la Pascua. Si el propósito de los judíos hubiera sido matar a Jesús durante la fiesta, ellos habrían hecho planes y no habrían esperado hasta el jueves en la noche para realizarlos. Aquí fue donde Judas entró en escena. Al haber estado con Jesús y

haber escuchado las enseñanzas que Este dio en Jerusalén, él oyó al Maestro cuando anunció Su muerte. Judas creyó que haría mercancía de ello.

En cierto sentido, el anuncio que hizo Jesús acerca de Su cercana muerte, fue buenas nuevas para Sus enemigos, pero la incertidumbre que el asunto creó durante la fiesta, hizo que entraran en pánico. No temían a los pescadores, ni a otros que eran Sus discípulos, pero no subestimaban a Jesús. Los fariseos decían: «Mirad, el mundo se va tras él» (Juan 12.19b). Según consideraban los judíos incrédulos, la resurrección de Lázaro exigía la muerte de Cristo (Juan 11). ¡Tenían temor de que Jesús convenciera al mundo entero!

Una verdad como la que Jesús había dado y unos milagros como los que Él había realizado ¡debían de espantar a los pecadores! Dios dio al pueblo de Jerusalén todas las oportunidades para arrepentirse, pero ellos rechazaron la evidencia. Por causa de Jesús, los dirigentes religiosos iban a perder no solamente sus puestos religiosos, sino también su fuente de ingresos monetarios (Juan 11.47–48). No es de extrañar que Caifás anunciara que Jesús debía morir (Juan 11.49–50). Puede que usted diga: «Pero los judíos esperaban un Mesías». La respuesta es sí y no. Hablaban de ello; explotaban la idea... pero lo último que los dirigentes religiosos deseaban, era la clase de Mesías que Dios envió. Ellos sabían que Él los llevaría a la bancarrota. Es detestable lo que el orgullo puede hacer, cuando está acompañado del poder. Los hombres llenos de orgullo, no pueden renunciar al poder. Lo único que pueden hacer es rechazar la verdad, pelear contra ella y tratar de destruirla. Los judíos, fuera de sí, tildaron a Jesús de «hereje». Pilato lo declaró «inocente» (Juan 18.38).

Entre las irregularidades más obvias de los juicios de

Jesús, se encuentran los incumplimientos de los siguientes protocolos:

- Ninguna decisión de culpabilidad o inocencia podía tomarse antes que el juicio comenzara.
- Los funcionarios no estaban autorizados para hacer un arresto de noche, a menos que alguien fuera sorprendido en el acto de cometer un delito. Los jueces no debían formar parte de un arresto.
- Los juicios capitales no podían celebrarse de noche.
- Un delincuente no podía ser absuelto en un día; además, un veredicto de culpabilidad exigía una noche para pensar en ello.
- La crucifixión era desconocida para la ley judía.
- Los jueces habían de ser defensores así como acusadores.
- Las pruebas basadas en rumores eran inadmisibles bajo la ley hebrea.
- Las pruebas circunstanciales estaban desacreditadas; la ley hebrea se basaba en dos o tres testigos.
- Los miembros más jóvenes del Sanedrín eran quienes debían votar primero.
- Debía asignarse un miembro del Sanedrín para defender al acusado.
- El Sanedrín no estaba autorizado para formular cargos... sino solamente para juzgarlos.
- Estaba prohibido celebrar sesiones de tribunal en los días de fiesta y para la víspera del día de reposo.
- El acusado no podía testificar en contra de sí mismo.
- Un sumo sacerdote no debía rasgar sus vestiduras.

Aquellos que eran los peores se creían los mejores. ¡Es aterrador imaginarse cuán monstruosos pueden ser los hombres que están en el pecado!

LOS JUICIOS JUDÍOS

Si no hubiera sido tan despreciable, el arresto de Jesús habría sido cómico. El de Jesús era un poder en el cual los enemigos de Él creían más que los mismos apóstoles. ¡Enviaron una banda de linchadores (se estima que eran seiscientos o más hombres) para arrestar a un solo hombre! Jesús, que estaba expuesto a la vista, tuvo que ayudarles para que lo arrestaran.

A Jesús lo hicieron rebotar como a una pelota de ping-pong entre los supremos jueces. Primero fue llevado a Anás. Este sumo sacerdote había sido constituido de por vida en ese puesto, pero su corrupción lo había hecho caer. Aunque ya no ostentaba el título, todavía era un hombre de poder.

Anás lo envió a Caifás. Esto demuestra que no era por razones religiosas que Jesús estaba siendo juzgado, sino que era un proceso que buscaba favorecer una política corrupta. Caifás, el yerno de Anás, era el sumo sacerdote ese año. Anás era poderoso, temido y aborrecido. Caifás no era más que «el mandadero» de este, que estaba totalmente bajo su dominio.

Los dirigentes judíos, que eran más orgullosos, altivos y presumidos de lo que las palabras pueden expresar, perdieron la compostura. De un modo bárbaro, escupieron a Jesús, lo abofetearon, lo golpearon, lo maldijeron y se burlaron de Él diciéndole que profetizara, mientras tenía los ojos vendados (Mateo 26.67–68; Marcos 14.65; Lucas 22.63–65). Podemos soportar maldiciones y bofeteadas, pero ¿escupitajos? ¡Quién puede tolerar escupitajos! ¿Cómo

los toleró Dios? Jesús profetizó que los recibiría (Marcos 10.34; Lucas 18.32). Su anuncio se cumplió. Los dirigentes judíos escupieron en Su rostro, y los soldados romanos escupieron sobre Él (Mateo 26.67; 27.30; Marcos 15.19). ¡Qué asco! ¡La gracia de Dios puede soportar cualquier cosa, incluso *escupitajos!*

Pedro se calentó junto a la «hoguera del diablo» (vea Marcos 14.54; Lucas 22.55; Juan 18.18, 25). Al hacer esto, se puso más cerca del enemigo que de Cristo. *Tenga cuidado siempre de donde y con quien usted pasa su tiempo.*

En rápida sucesión, Pedro negó tres veces a Jesús. Luego el gallo cantó y Satanás se regocijó. A Jesús lo estaban arrastrando de un juicio a otro. Cuando lo llevaban de Caifás al Sanedrín, lo hicieron pasar cerca del patio donde estaba Pedro. Jesús se volvió y miró a Pedro, y al apóstol se le deshizo el corazón. Este salió y lloró por lo que había hecho (Lucas 22.61–62).

La corte suprema de los judíos era alabada anteriormente como el Gran Sanedrín. Estaba compuesta por setenta y un augustos miembros. La ilustre posición de ellos dejó de serlo ese día. Caifás, desesperado, obligó a Jesús a testificar contra sí mismo, y bajo juramento (Mateo 26.62–64). Jesús no solo aceptó la acusación de ellos, sino que también les dio más pruebas para usar en contra de Él: «... y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo» (Mateo 26.64). ¡Al oír esto, los judíos lo enviaron a Pilato!

Es obvio que los dirigentes judíos estaban detrás de la única pregunta que Pilato hizo a Jesús: «¿Eres tú el Rey de los judíos?». Si todavía no se habían formulado cargos, ¿cómo sabía Pilato qué debía preguntar? Esto insinúa que alguien había contactado a Pilato anteriormente aquella

noche. ¿Quién podía haber logrado ver al gobernador durante la noche? Es probable que únicamente el sumo sacerdote Caifás podía haberlo hecho. Otra pregunta, ¿cómo se podía haber explicado el sueño atormentador que tuvo la mujer de Pilato (Mateo 27.19)? Esto explica por qué los dirigentes judíos se sintieron insultados cuando Pilato reabrió el caso. ¡Los judíos creían que habían llegado a un acuerdo con este!

LOS JUICIOS ROMANOS

Poncio Pilato aborrecía a los judíos, y estos lo aborrecían a él. No les quedaba más remedio que soportarse, y cada uno hacía lo que fuera con tal de ganar la disputa que había entre ellos. Con este historial de errores del pasado, Pilato debía actuar con suma cautela. Los judíos querían ver sangre; Pilato deseaba salvar su estatus político.

Los judíos conmutaron la acusación de blasfemia por una de traición política. Pilato buscó la manera de evitar ser parte de esta farsa, pero no pudo. Quiso que otros juzgaran, y estos rehusaron hacerlo. Una y otra vez declaró «inocente» a Jesús. Desesperado, lo envió a Herodes.

Jesús hizo caso omiso a una petición que le hizo Herodes en el sentido de realizar un espectáculo de magia. Lo único que Herodes pudo hacer con Jesús fue enviarlo de vuelta a Pilato. Lo único que se logró por medio de este proceso, fue que Pilato y Herodes se hicieran amigos (Lucas 23.12).

A Pilato le maravilló la serena compostura de Jesús. Usando a Barrabás, intentó liberar a Jesús como un favor para los judíos. ¡Estos lo rechazaron! ¡Prefirieron a Barrabás, un delincuente común! La gente siempre prefiere a Barrabás.

Los judíos ganaron, y a la vez perdieron. Esto fue lo

que declararon: «No tenemos más rey que César» (Juan 19.15). Renunciaron a Dios por César. Se sometieron a lo que aborrecían, llegando incluso a gritar, diciendo: «Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos» (Mateo 27.25).

¡Pilato hizo que crucificaran al «inocente» Jesús! Se lavó las manos; mientras que Jesús les lavó los pies a otros. ¡Qué gran diferencia!

Pilato cedió a la voluntad de los judíos. ¡Este fue el más grande de todos los crímenes! No seamos tan prejuiciosos como los judíos, ni tan deseosos de diversión como Herodes, ni tan faltos de carácter como Pilato. El historiador Eusebio¹ dijo que Pilato cometió suicidio. Dios destruyó Jerusalén (usando a Tito y el ejército romano en el 67–70 d. C.). ¡Con Dios no se juega!

*La cruz...
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados

¹ Eusebio *Historia Eclesiástica* 2.7.